

El personaje poético y sus variaciones en la poesía

de Enrique Badosa

María Payeras

Es un honor y un placer para mí asistir a este acto de homenaje al poeta y amigo Enrique Badosa. Desde hace años, las llamadas estacionales de Enrique a nuestra casa se han convertido en una tradición irrenunciable. Mi hija, desde que era pequeña, ha disfrutado con las llamadas de “maese Enrique”, como le llamamos familiarmente, y ha sido la primera en alegrarse de que acudiera hoy a este encuentro: él lo merece, dijo muy convencida cuando le anuncié el acontecimiento. Así que aquí estoy, convocada por la amistad, como es natural pero también, como no puedo dejar de decir, por la palabra de un poeta que he frecuentado y que me ha llevado de la mano a descubrir en su palabra un tesoro de belleza y profundidad.

Hace años, presentando una lectura poética de maese Enrique en Palma, mi ciudad, recuerdo haber dicho que su poesía me parecía como las aguas de esas calas vírgenes de la isla, que conocí en mi infancia: tan limpias que parecía que pudieses tocar el fondo con las manos, pero tan profundas que podrías perderte en ellas. Es una afirmación que sostengo actualmente.

La escritura badosiana se caracteriza, ante todo, por una dicción transparente que fía en la exactitud verbal y en la claridad expresiva la canalización de una temática conceptualmente grave, a menudo elegíaca y de un pensamiento profundo que no desea empañar con excesos retóricos. La precisión léxica es, justamente, una de sus obsesiones de estilo, asociada a la necesidad de dar, juanramonianamente, con la forma exacta de su pensamiento. Reñida con el barroquismo formal, la palabra poética de Badosa se depura de cuanto pueda ser superfluo o accesorio. Opta, en cambio, por la concisión verbal. Como Michelangelo Buonarroti, al que cita en su primer poemario, opta por llegar a la forma deseada desechando todo lo que sobra. El resultado aspira a una belleza esencial soportada en la debida proporción de materias y volúmenes.

La claridad de su dicción no se orienta hacia la comunicación masiva ni hacia la expresión prosaica. Se trata, más bien, de una opción estética que busca ahondar en lo vivido valiéndose de la palabra y de la inteligencia para desvelar su personal lectura de una realidad compleja y evolutiva, que aborda en distintos niveles.

Algunos de los trabajos que se han escrito sobre la obra del autor demuestran la importancia que el orden de los poemas y el equilibrio entre las partes del libro tienen

en la estructura general de sus poemarios y en su traslación simbólica. Las estrategias compositivas forjan la estructura de cada poemario de acuerdo con un ideal de armonía.

El objetivo de alcanzar una belleza basada en la proporción del conjunto rige también la preferencia badosiana por el uso de la métrica tradicional, siendo el ritmo uno de los valores más altos —si no el primero—, de los que constituyen su arte poética. Sin descartar por completo las formas libres y llegando, en ocasiones, al versículo y al poema en prosa, actualiza los renglones contados e investiga en las posibilidades expresivas que estos le ofrecen.

El autor, enemigo de todo alarde, evita ostentar una erudición que indudablemente posee. Algunas citas, estratégicamente situadas, enmarcan su pensamiento en una tradición afín y contribuyen al sentido de sus poemarios. Pero sus fuentes personales, que discurren por un cauce sutil, se intuyen o se sobreentienden explicitándose pocas veces. Su obra poética se ha nutrido, desde sus inicios, en los clásicos, particularmente Horacio, de quien es un destacado traductor. Entre los contemporáneos, resuenan ecos sutiles de Juan Ramón, Machado, Rilke, etc., acompañando la nítida voz de Badosa con una sabiduría de lector que se hace envolvente, no invasiva.

La densidad conceptual de sus poemas se encauza preferentemente a través de procesos simbólicos y analógicos. Evitando cualquier retórica excesiva o hueca, la voz badosiana posee una natural inclinación reflexiva que moldea, en sílabas contadas, una revisión de la experiencia cotidiana del sujeto poético. Su mirada trasciende a menudo la inmediatez de los objetos desde una perspectiva espiritual o intelectual cuando no la disecciona con distancia crítica. Muestra clara preferencia por asuntos graves que propenden al tono severo o melancólico, si bien, en algunos tramos de su obra, escora hacia el lado de la sátira, adoptando un tono desenfadado y lúdico. Sin embargo, podría decirse que el tono característico en la poesía de Badosa es la resultante de la melodiosidad clásica de sus versos sumada a la contención emocional y retórica.

La fidelidad a estos patrones permite reconocer en el poeta catalán un ideal de rigor en el oficio y una probada coherencia interior, que se mantiene incluso a través de las sutiles modificaciones que la evolución personal marca a lo largo de una trayectoria iniciada en 1956 con *Más allá del viento*¹ y desarrollada a lo largo de más de medio siglo. Formada por una veintena de títulos, su obra ha sido reunida en 2010 en el

¹ Rialp (Col. Adonais). Madrid, 1956.

volumen *Trivium: Poesía 1956-2010*.²

La convergencia temática badosiana permite ofrecer una visión de conjunto que se desarrolla a través de la variable representación del personaje poético a lo largo de su obra. De ella, la imagen esencial que emerge es la del hombre creyente.

El creyente

A contramano del laicismo y el agnosticismo propio de la corriente realista que marcó la dominante poética de los años 50, el arraigo espiritual se reconoce como uno de los ejes en la personalidad del autor, que construye un personaje cuya vida pivota en torno a la fe. No es la suya la voz del místico ni del asceta. Muy al contrario. A menudo la suya es la voz de un epicúreo, de un hombre que busca los placeres de la vida y se complace en el disfrute del momento, pero sin dejar de proyectar constantemente una visión trascendida de la realidad cotidiana. Por una parte, la existencia humana se interpreta como emanación de la divina, y la presencia intuida de una voluntad superior ordenando todas las cosas confiere su característica actitud confiada –no resignada— a la voz poética, que construye su discurso a partir de claros cimientos éticos. Esta configuración del personaje establece una característica dualidad en su obra, pues, mientras que su fundamento cristiano le muestra como un estoico ante los reveses de la existencia, su personalidad mediterránea le hace también un epicúreo, abierto plenamente a los placeres de la vida, alternándose la prevalencia de una u otra actitud a lo largo de su obra, y sin que ninguna de las dos prevalezca definitivamente.

El amante

De entre los discretos placeres de la vida, la seducción femenina es uno de los que el poeta ha sabido cultivar con elegancia y discreción. No obstante, también se refleja en su obra una representación de la experiencia cotidiana enriquecida por la vivencia de un amor intenso y correspondido. Surge así la faceta badosiana del amante entregado, dentro de un discurso amoroso amplio que proclama en numerosas ocasiones su aspiración a un amor esencial, universalizado, conceptualmente afín a la caridad cristiana y subordinado siempre al amor divino, como emanación y reflejo del amor de Dios. Pero, de forma intermitente, también el amor humano, concretado en una figura femenina, toma carta de naturaleza en sus versos. Entonces, las contingencias del amor

² Funambulista. Madrid, 2010.

y el desamor, la cita erótica, la experiencia cotidiana de la vida en pareja, la cotidianidad iluminada por el afecto atraviesa de muchas formas su poesía.

En el aspecto espiritual del personaje se apoya una parte sustancial de su temática. La fe es un elemento central, no sólo como tema de muchos poemas, sino como base filosófica en el desarrollo de otras temáticas. Parcialmente anudada a ella, pero intensamente existencial, y diversificada básicamente en torno a materias tradicionales, germina una poesía intimista en la que, a mi parecer, se concentran los poemas más logrados de su autor. El personaje que domina esta línea temática es la del pensador solitario. Ligados a este personaje hay algunos autorretratos espléndidos, poemas introspectivos, de autoanálisis, muy valientes en el ejercicio de autoconocimiento que llevan a cabo.

El solitario

Aunque la presencia de un rico mundo afectivo se percibe claramente a lo largo de la obra, el personaje poético badosiano es, fundamentalmente, un solitario, alguien que, bien sea desde el ámbito privado o desde el público, bien sea desde su espacio cotidiano o desde puntos exteriores a este —como sucede en los numerosos poemas relacionados con viajes y travesías marítimas—, se representa como un ser reflexivo.

Los temas que desarrolla en esta línea son los clásicos en la poesía lírica de siempre: la soledad, el paso del tiempo de forma preeminente y, junto a estos, opuestos como vida y muerte o amor y desamor. La introspección da lugar a poemas de honda verdad existencial, mientras que la temática amorosa encauza también poemas que se diversifican entre el sutil erotismo, el diálogo con la persona amada, la plenitud, la melancolía, etc., siempre desde una perspectiva dominada por la reflexión serena, así como por un punto de contención que, si bien se nutre de la experiencia personal, procura velar la inmediatez autobiográfica. La integración del personaje badosiano en la dimensión existencial contrasta, por otra parte, con su inadaptación al medio desde la perspectiva civil y con su posicionamiento crítico frente al medio intelectual, cuestiones que exacerbaban su faceta crítica.

El observador de la actualidad

En este sentido, otra de las vertientes bien delimitadas en la poesía de Badosa es la que desemboca en una temática objetiva —una de cuyas variantes es la poesía civil—, dando lugar a poemas que reflexionan en torno a la realidad social contemporánea. La

diseción de costumbres y acontecimientos de actualidad desvela la faceta observadora y crítica del autor (bien alejada, no obstante, de la orientación propia de la poesía social y sus derivaciones). Este aspecto es importante, porque Badosa, nacido en 1927, podría ser considerado como uno de los autores que configuran la generación poética de los 50, llegando a relacionarse con los autores de la Escuela poética de Barcelona con los que, sin embargo, no llegó a integrarse. Su espíritu independiente y, sobre todo, su negativa a formar en las filas del realismo crítico auspiciado por Castellet y por los autores del núcleo generacional catalán determinó su marginación en la que fue la gran operación realista de la época y, en consecuencia, de la promoción al amparo del colectivo que la impulsó. De este modo, la poética de Badosa se fue desarrollando de manera autónoma y personal, pero sin que su figura dejara de ocupar un segundo plano respecto a las personalidades que marcaron la corriente dominante de su tiempo.

Que rechazara integrarse en esta corriente literaria no significa que Badosa no mantuviera una línea testimonial y crítica en su poesía —que en ningún caso adoptaría una modalidad cercana a la ideología marxista— desarrollada en torno a la figura de un personaje atento a la realidad histórica, especialmente crítico con la espiral belicista que en los años 60 enfrentó a los dos grandes bloques geopolíticos mundiales. Su vertiente objetiva, digamos, la que se desvía de la dominante lírica de su poesía, no solamente se desarrolla en una variable cívica e histórica, sino que se extiende hacia la faceta en que el personaje adopta la imagen del crítico de la cultura y de la literatura.

La mirada de Badosa analiza modos de convivencia social, comportamientos colectivos, noticias de actualidad, modas y usos sociales, muy a menudo con intención satírica. Curiosamente, la integración del personaje badosiano en la dimensión existencial, contrasta con su inadaptación al medio desde la perspectiva civil e intelectual, siendo esta última la vertiente en la que muestra su faceta más crítica.

Los blancos de sus inectivas se vinculan sobre todo a temas en los que el autor es especialmente sensible, como el uso del lenguaje, los acontecimientos relacionados con la Iglesia Católica y, de manera muy destacada, los personajes y asuntos propios del gremio literario. El agudo observador de la realidad tiende su mirada socarrona sobre la actualidad y no puede evitar reparar en la progresiva destrucción del lenguaje, lo que provoca en su escritura la confrontación jocosa entre el lenguaje degradado —en una realidad social igualmente degradada— y el lenguaje esencial y puro de la poesía.

Badosa satiriza, por una parte, la decadencia de los correctos usos del castellano, sometido a la invasión de barbarismos de toda índole, en particular, de anglicismos. En

paralelo a esta crítica del lenguaje se sitúa asimismo la censura a una sociedad que abandona sus esencias y valores en pos de modas pasajeras o extranjerizantes, ridiculizando unos modelos lingüísticos y culturales que no comparte para lo que se vale de recursos como la ironía y la sátira.

El viajero

Otro de los rasgos que apuntan en la obra de Badosa desde sus inicios es el sentimiento de la naturaleza. La riqueza simbólica que extrae de ella y la sensibilidad con que contempla el renuevo estacional —anudado, por otra parte, al ciclo de la vida—, es una marca característica. La observación del entorno natural incentiva el carácter profundamente reflexivo del autor, favoreciendo el viaje interior, al centro de su personalidad. Pero también el viaje, en el sentido más habitual del término, ocupa un importante espacio en la temática de la obra badosiana, implicando mucho más que el desplazamiento geográfico. Badosa es un viajero recurrente en su poesía, pero la temática viajera deriva en ella hacia la interpretación histórica y hacia la búsqueda de un sustrato cultural en el que reconocerse, e incide en el paralelismo entre el desplazamiento geográfico y la concepción de la vida como itinerario y como tránsito. Las múltiples geografías —terrestres y marítimas— que su poesía abarca, se representan, efectivamente, en su inmediatez, pero casi siempre la trascienden de modo que el espacio, a la vez que se nombra, se irrealiza. Sus límites se difuminan hasta casi borrarse, siendo apenas pretexto para explorar su mundo interior y las fuentes que lo nutren. Así sucede en *Arte poética*³ y en cierto modo también en *Historias en Venecia*⁴, donde la ciudad opera como escenario vital. Hay momentos también —un ejemplo destacado sería *Mapa de Grecia*⁵— en que el poeta viaja hacia las fuentes de su formación clásica y allí se encuentra simultáneamente con el pasado y el presente de las tierras donde encuentra tantas referencias personales que es inevitable encontrarse también consigo mismo. Puesto que se trata de un viaje hacia el conocimiento, hacia la semilla, el personaje poético no se siente extranjero en esas tierras, sino vinculado a ellas por lazos muy estrechos, compartiendo un sustrato cultural común en el que se reconoce.

3 Occitania. Barcelona, 1963

4 Plaza y Janés. Barcelona, 1978.

5 Seuba. Barcelona, 1989.

El escritor

Sucede, por otra parte, y de forma inevitable, que el personaje poético se presenta también en ocasiones como escritor. En este aspecto, el autor se muestra inclinado a una concepción de la actividad poética orientada hacia el fin de perdurar en la palabra, alcanzando el conocimiento profundo y exacto de las cosas y procurando la elevación por encima de las limitaciones humanas. En este sentido, la palabra poética nace en la obra badosiana bajo la imagen de un arco que se tensa para proyectarse hacia regiones desconocidas. Hay, pues, en ello, una voluntad de superación humana que alimenta su vocación de escritor.

Es también indispensable anotar que la reflexión metapoética tiene en Badosa un fuerte arraigo religioso. La palabra, en este contexto, se interpreta como oración, como modo de explorar los más altos misterios de la vida y como forma de comunicación con la única instancia que puede ofrecer respuesta y refugio al ser humano ante los contratiempos y reveses que sufre. Nunca el diálogo con Dios es exasperado, sino confiado y sereno. En diálogo constante, la palabra poética de Badosa se afirma deudora y divulgadora de la palabra divina. Por otra parte, entendida como vía de conocimiento, la palabra poética es el vehículo que el autor utiliza para explorar el misterio de la existencia y de su fundamento. Desde estos pilares básicos, la temática se diversifica hacia cuestiones que, bajo una apariencia lúdica, encierran un núcleo reflexivo coherente con la profundidad general de su poética.

En el entorno de estas variables temáticas fundamentales, la obra badosiana se diversifica alrededor de cada una de las vertientes que adopta su personaje poético. El creyente, el solitario, el amante, el observador crítico de la sociedad, el viajero, el escritor, el crítico de la cultura y de la literatura, etc., se alternan en el discurso poético desvelando distintas facetas de la personalidad de un autor que evita la inmediatez autobiográfica, convencido de que no es el hombre sino su obra lo que debe perdurar, como objeto autónomo, en el tiempo. Bajo esas máscaras sucesivas el hombre de carne y hueso se esconde y se revela dando cauce a una palabra poética equilibrada, rica y con una voz personal que es justo reconocer entre las más valiosas de su tiempo.